

eran completamente falsos. Los enviados por el Sr. Baudin para adquirir informes habian vuelto con noticias exactas y fidedignas: no habia *visperas sicilianas* ni *Saint-Barthelemy*, ni corria sangre francesa por las calles; antes bien era respetado do quiera el derecho de gentes.

—¡Sr. Levraud! dijo el almirante, os conozco perfectamente, me han repetido vuestros discursos, y he adivinado vuestra intencion.

—¡Soy republicano francés! interrumpió el ministro Levraud. ¿Lo es V., ciudadano Baudin?

—Pero no á vuestra manera, señor mio; replicó el almirante irritado. V. comprende la república á lo Robespierre, y yo la comprendo á lo Washington.

Muy bien dicho; mas aun estudiando el mismo Baudin su república, ¿estaba seguro de *comprender* en ella... alguna cosa?

—¡Ciudadano! replicó el ministro.

—¡Salid! dijo el gefe de la escuadra.

Y el violinista evacuó el navío.

Oíase el estruendo de la batalla. El duque de Rivas, embajador de Madrid, creyendo que su deber le obligaba á marchar á palacio, porque la reina madre era infanta de España, mandó disponer su carruaje. Un grupo se acerca á su puerta, y lo pide para utilizarlo en las barricadas.

—¡Es el carruaje del embajador de España! grita el conserje indignado.

—¡Se acabaron los carruajes y los embajadores! responden los insurrectos.

El portero pide socorro. Acuden unas veinte personas que habia en la embajada, y el grupo se retira para ir en busca de mas fuerzas.

El duque de Rivas habitaba en la Chiaja, á orillas del mar. Al partir su carruaje en direccion á palacio, un nuevo grupo le detiene.

—Soy el duque de Rivas, dijo el embajador con voz firme.

—¡Abajo los duques! responde la muchedumbre.

Obligado á volver á su casa, reunió en ella al cuerpo diplomático (1), y presidiendo á sus colegas, marchó á pié á lo largo de los malecones.

En Chiatamone y en Santa Lucía, les interceptaron el paso gran número de soldados con artillería, y solo venciendo muchas dificultades llegaron por fin á palacio, á tiempo que en una de las puertas acababan de matar á un granadero de la guardia.

(1) El ministro de Inglaterra concurrió tambien á la reunion, como todos los demas plenipotenciarios, excepto el de Austria, que se habia visto obligado á huir de Nápoles, y el nuncio del Papa cercado en su palacio por los insurgentes.

Prosiguen su marcha los diplomáticos extranjeros, y suben la escalera, encontrando por todas partes confusion y desorden.

Atravesando una infinidad de departamentos, llegan por último á un salon, donde encuentran á la reina madre, á la esposa del rey y á las princesas de la familia real, todas desoladas y temblando. Los embajadores y encargados de negocios hubieran querido tranquilizarlas; mas por ventura, ¿estaban ellos mismos tranquilos?

Llegados á la presencia del rey, le encontraron rodeado de sus hermanos, con la fisonomia alterada, pero no abatida; padeciendo interiormente, aunque tranquilo y resignado.

—“ Señor, le dice el duque de Rivas despues de una respetuosa reverencia; vengo en nombre de todas las potencias que representa el cuerpo diplomático, á ofreceros la fuerza moral de que estamos investidos, y el apoyo y adhesion que se os debe.”

—“ Yo os lo agradezco, señores, responde el rey, con acento lleno de nobleza y dignidad; no esperaba menos de vosotros y de vuestros gobiernos. Ya veis cómo se me ha obligado á recurrir á las armas....”

—“ Señor: interrumpe el duque de Rivas; estais en vuestro pleno derecho, pues nada puede igualar la generosidad de vuestros sentimientos, ni la justicia de vuestra causa.”

El rey, puesta la mano sobre el corazon, y con el mas profundo acento de dolor, replica:

—“ Duque de Rivas, el cielo es testigo de lo que sufre mi corazon con semejantes trájicos sucesos, que mas que nadie deploro. ¡ Ah! ¡ Solo Dios sabe cuánto padezco!”

En efecto, á pesar de la serenidad de su conciencia pura, la afliccion y el dolor se retrataban al vivo en su semblante.

Tronaba el cañon hácia la parte de la calle de Toledo; las balas echaban por tierra las barricadas; las descargas se sucedian sin interrupcion, y resonaban espantosos gritos frente del palacio. Un oficial superior entra precipitadamente en la estancia del rey, y dice casi sin aliento:

—“ ¡Majestad! Permitid á vuestros soldados la entrada en el edificio del ministerio que está en medio de la calle de Toledo; posicion tan necesaria para el ataque, como para la defensa.”

—“ Eso toca al ministro de la guerra, responde el monarca: entendedos con él.”

—“ Señor: no hay que perder momento. Por favor, dad la orden.... el tiempo es precioso, y urge acabar con esa canalla....”

El rey le interrumpe con severo acento, aunque al propio tiempo cándido y solemne:

—“ Reportaos, caballero, en vuestras palabras ; entre nosotros habrá napolitanos extraviados, pero de ningun modo *canalla*. ”

El ciudadano Levraud, ceñido de una faja triclor y acompañado de un aprendiz de sastre, su secretario de embajada, estaba en un salon del palacio, con el sombrero encasquetado y sin saludar á nadie, persuadido de que nada es mas republicano que la grosería.

Venia á pedir que cesara la batalla, que hubiera clemencia.

—Si, mandó responderle el rey : *clemencia*, pero despues de la *victoria*.

La lucha se sostenia con igual encarnizamiento é intrepidez por una y otra parte ; los dos partidos frente á frente, creíanse seguros del triunfo. Comforti se presenta á la cámara.

—¡ Diputados ! dice el nuevo ministro de lo interior ; todavía se combate en las calles ; es preciso terminar : el rey quiere. . . .

—¡ El rey no tiene derecho á querer ! interrumpe una voz con fiero acento ; y el ministro se turba.

—¡ Abajo el gabinete arlequin ! esclaman las masas de sublevados.

Comforti se aleja.

Tres terroristas desenfrenados, Musolino, Andres Romeo y Plutino, se precipitan en el salon para dictar leyes.

—¡ No mas trono ! ; No mas Borbones ! dice el calabrés Musolino. Y señalando con el dedo á Romeo, continúa :

—Solo la república puede salvar al país ; ¡ hé aquí al hombre que necesitamos !

—¡ Ciudadanos ! no caminemos tan aprisa ; responden muchos diputados. Mas tarde ; no es tiempo todavía.

—¡ Fuera el socialista ! añade un miembro de la cámara.

(Reclamaciones ; tumulto ; furoros.)

—¡ Mas tarde ! enhorabuena, dice Musolino. Dentro de una hora me volveréis á ver.

Cada minuto era un año.

Recorramos la calle de Toledo. La guardia real estaba allí, como que aquel era el centro de la insurreccion. Habia comenzado por apoderarse de los primeros edificios contiguos á la iglesia de San Fernando, arrojando á los facciosos que de antemano los habian ocupado. Desde allí hacia fuego sobre los otros edificios que el enemigo poseia como ciudades. Todavía no habia asaltado la gran barricada ; pero el cañon la batia en brecha, habiendo las balas destruido parte de ella, y siendo tambien combatida por los lazzaroni.

Los suizos, que se retiraban ya á sus cuarteles cuando sonaron los dos tiros del palacio Cirelli, habian vuelto atras y desembocado por un estre-

cho pasadizo, el *Vico Campana*, en medio de la calle de Toledo, á espaldas de la enorme barricada que combatia de frente la guardia real, cojiendo así entre dos fuegos al gran baluarte del motin, sobre el cual se lanzaron á paso de carga por entre nubes de humo y balas. Ametrallados desde las ventanas, balcones y desvanes, sufrían impávidos un gran destrozo en sus filas, cayendo, sí, pero sin retroceder ni una sola línea ; mientras que los guardias nacionales y los batallones extranjeros que dirigian la insurreccion tiraban detras de los colchones, tapices y persianas, que los ocultaban á sus adversarios, peleando así sin ser vistos, y dando la muerte sin riesgo de recibirla.

Los valientes helvecios llegan por fin al pié de la barricada, y se entienden con sus hermanos de armas los del otro lado, en aquel doble asalto de marcial esfuerzo. A este tiempo cae el general Statella herido de un balazo, que desde un balcon le tiró, segun se dijo, casi á boca de jarro una muger, una actriz del gran teatro, *la Brambilla*. Por fortuna no fué muy grave la herida.

La refriega tomó allí un carácter verdaderamente horroroso ; mas la guardia real y los suizos tenían de su parte al pueblo, y lograron al cabo desbaratar la barricada, reuniéndose así las tropas reales al grito prolongado de *victoria* ! para recojer juntas laureles que cada cual por su parte habia gloriosamente conquistado.

Llegados al palacio de Cirelli, los cazadores de la guardia echan abajo las puertas de aquel punto céntrico de la rebelion, y penetran en él hasta llegar á las habitaciones ; pero así como en la calle era cada edificio una fortaleza, así tambien en los edificios, cada habitacion era á su turno un castillo. Las tropas reales peleaban de sala en sala, teniendo que saltar por encima de los muertos para llegar hasta los vivos, y no pudiendo pasar de un lugar á otro sino por entre lagos de sangre.

Así y todo, no cesaba el ciudadano Levraud de enviar á Monteolivetto mensaje sobre mensaje, anunciando siempre nuevas victorias.

“ Triunfamos en todas partes, escribia á los diputados para estimular su celo ; el rey se acerca á su última hora. ”

Y amontonando mentiras sobre mentiras, anunciaba oficialmente que el almirante Baudin y su escuadra acababan de declararse por la insurreccion.

El diputado Zuppetti, que volvia del teatro de los combates, entra de improviso en el salon, y arrojando sobre la verde alfombra algunas balas ensangrentadas, exclama :

“ ¡ Ciudadanos diputados ! ; Ved ahí las generosas concesiones que el rey de Nápoles hace á su pueblo ! ; Ahí teneis lo que he sacado del

“cuerpo de sus víctimas, ametralladas á lo largo de las calles! Este es “el plomo del monarca homicida.”

¿Qué hacían, entre tanto, los generosos filántropos que con puñal en mano se manifestaban tan enternecidos por los desastres de la guerra? Sus hermanos habían cojido á un lancero que volvía de la *Pignasecca*, le asesinaron en el *Mercatello*, y paseaban en triunfo su cabeza con grandes aclamaciones.

Las tropas reales caminaban de victoria en victoria, venciendo cuantos obstáculos se les oponían, hasta que al cabo reconoció la guardia nacional que toda resistencia era imposible, vana toda esperanza, y que no había mas arbitrio que rendirse ó morir. La mayor parte se decidió por lo primero.

Y ¿qué hará la guardia real vencedora? ¿perdonará á la guardia nacional, culpable del delito de alta traición y de haber conculcado inicua-mente sus mas sagrados deberes?.....

Vencidos los republicanos, se deciden por acogerse á la generosidad de los realistas; mas para librarse del primer movimiento de furor que podría escitar la vista de sus uniformes, despójanse de ellos los amotinados mas culpables, quedándose en ropas menores, sin conservar mas que los zapatos, los calzoncillos, la camisa y un pañuelo que agitaban con la mano como emblema nacional y bandera de súplica y misericordia. Siendo el blanco el color del perdón, el color real inmaculado, no podían ofrecerse mas en blanco á sus vencedores.

¡Ah! no en balde confiaban los rebeldes en los soldados de la lealtad: los vencidos quedaron con vida y no hubo absolutamente ninguna venganza, descendiendo la clemencia sobre los culpables no tan solo del palacio real, sino hasta de las mismas filas del soldado.

¡Y si al menos lo hubiesen agradecido! pero sucedió precisamente todo lo contrario. Hombres hay capaces de negar la luz del sol, siquiera sean abrasados por sus rayos. No es por lo tanto extraño que el sistema de mentiras y calumnias se estendiese á la sazón mas monstruoso que nunca. El rey fué apellidado *bombardeador*, y *caribes* sus soldados; la *Italia Roja* los representó como verdugos implacables que se cebaban degollando preciosas víctimas; y la Europa, tan á menudo engañada por los hombres de la impostura, juzgó momentáneamente crimen la lealtad, y virtud la infamia.

¿Qué hacía el verdadero pueblo napolitano mientras duraban aquellas horribles escenas de carnicería y destruccion? Ensordecer el aire con los gritos de *viva el rey*, unirse á las tropas, armarse en defensa del trono, ser, en fin, furioso contra los anarquistas, la espresion viviente y animada

del país. Y aun por eso decían de él los secuaces de la traición que “*era un pueblo infame.*”

Los suizos y la guardia real barrieron la famosa calle de Toledo, apoderándose sucesivamente de todas las casas que persistían en defenderse. En Santa Brigida y en el palacio *Lieto*, donde la resistencia fué tenacísima, perecieron no pocos oficiales suizos (1).

¡Ah! ¡cuántos valientes sucumbieron allí! y ¡qué de páginas serían necesarias para narrar los heroicos hechos de aquella funesta al par que brillante jornada! Contristase el ánimo, pero admirando; padece el corazón y hay que aplaudir; cierto fué gloria deplorable, mas no por ello deja de ser gloria.

Todas las barricadas fueron tomadas y deshechas una tras otra. Los facciosos pegaron fuego al palacio Ricciardi, asiento del gran club nacional y de la imprenta mas revolucionaria de Nápoles, donde se habrían encontrado papeles y documentos de importancia gravísima; las llamas devoraron con increíble rapidez todo el edificio, sin que fuese posible, por mas que se hizo, dominar el incendio (2).

La desbandada fué general entre los rebeldes, dejando en su fuga cubiertas las calles de fusiles, sombreros de pluma, sables desenvainados, cinturones y uniformes: quién, corria desnudo por los tejados, deslizándose por los canalones, y estrellándose de cabeza en las piedras: quién se descolgaba con cuerdas por los balcones, y amortajado como los cadáveres, corria á buscar asilo en los cementerios escondiéndose en las tumbas; tal otro se refugiaba á los albañales, y no faltó alguno que se tiró á los pozos. Tal era el espanto de los fugitivos, que muchos se mataron á sí propios..... por vivir.

La jornada tocaba á su término; mas ¡oh complemento de delirio revolucionario! Cuando mas sobresalía en medio de las detonaciones de la guerra el valor del ejército realista, los sesenta ú ochenta diputados reunidos en Monteolivetto se entregaban á todas las ilusiones de sus esperanzas demagógicas, brillando en sus semblantes la alegría al recibir continuamente partes del ciudadano Levraud y comparsa, con estas ó parecidas noticias:

—“Las poblaciones de Nápoles y de sus cercanías se sublevan en masa contra el rey.”

—“La guardia nacional, victoriosa en todas partes, hace prodigios increíbles de valor.”

(1) Entre otros los capitanes Rodolfo de Sturrier y Murali, el teniente Degumuez y el mayor Salis-Salio.

(2) Allí se cojieron algunos prisioneros, entre otros Glaciatto Calanti y el siciliano Corvaia.

—“ Los franceses han desembarcado para sostener la santa causa de la revolucion.”

—“ Fernando II ha huido.”

Tamaña felicidad era para perder el juicio, y en efecto todos le habian perdido. La Cecilia y Ricciardi entonaban cánticos de victoria: mas propio hubiera sido en aquella ocasion desenvainar la espada y lidiar como héroes; pero ellos creian hacer lo bastante hablando.

La cámara habia nombrado un gobierno provisional con el nombre de *comité de salvacion pública* (1), evocando las tradiciones de las Catacumbas de 1793; y tan ridícula antigualla era acogida con frenéticas vociferaciones.

—“ ¡ La destitucion! ¡ la destitucion ! ” gritaban desde afuera los terroristas; y respondian desde dentro los banditos:

—“ ¡ Sí, sí, á votar la destitucion ! ”

No pudiendo el *comité de salvacion pública* reflexionar ni deliberar en medio de la sangrienta fascinacion que trastornaba su juicio á la par que su inteligencia, se levanta ciego, aturdido, sin saber lo que va á hacer ni lo que va á decir, temblando de su propia audacia, pero conociendo que era ya imposible retroceder, y que colocado en una pendiente funesta no habia más recurso que caminar siempre avanzando hasta rodar en el fondo del abismo. Decretóse, pues, la destitucion (2).

En el instante mismo precipitábase algunos rebeldes sobre el busto del rey que se alzaba en medio del salon, y le arrojan por la ventana.

¡ *Muera el tirano!* clama una voz; pero otras mas fuertes resuenan gritando: ¡ *viva la república!* El objeto final estaba conseguido.

A estas tres funestas palabras de *viva la república*, el arcediano Samuel Cagnazzi, que presidia la reunion de Monteolivetto con su cruz de la orden de Malta en el pecho, se siente sobrecojido de extraordinarios vértigos, figurándose que, á su edad de 90 años, descendia sobre él una regeneracion maravillosa; y creyéndose el viejo *Samuel* convertido en un nuevo *Simeon*, arranca lastimosamente de su pecho su orden de caballería, alza sus manos al cielo, y entona compungido con temblorosa voz el salmo.

“ ¡ *Nunc dimittis servum tuum!* ”

Tras esta farsa, sale *Miletti*, el antiguo maestro de esgrima, acompa-

(1) Los miembros de este comité eran Lanza, Toppati, Giardini, Belleli y Petrucelli con cargo de secretario. Véase *Storia degli ultimi fatti etc.*, página 331.

(2) Informe del ministro de negocios extranjeros de Nápoles, penúltima página. El acta de destitucion fué estendida y hasta firmada.

ñado de sus calabreses, para anunciar al pueblo la gran noticia y prestar nuevo aliento á la insurreccion.

“ ¡ Valor, ciudadanos, valor! esclamaba á lo largo de las calles; que ya está proclamada la república. La cámara ha declarado á Fernando II destituido para siempre de su trono: su muger y sus hijos serán desterrados á una isla remota. Los franceses que nos auxilian cortarán la retirada al rey bombardeador y le matarémos á puñaladas. ¡ Valor, ciudadanos, valor! ¡ Muera el soberano parricida! ¡ Salvemos á Nápoles y juntamente á la Europa ! ”

Y blandia su espada, no de otra suerte que los demonios de teatro cuando sacuden su horrible cabellera y azufradas teas.

Habian cesado los tiros; y convencidos los diputados del triunfo de su causa, esperaban saber circunstanciadamente todos los pormenores, cuando en lo mas recio de su saturnal embriaguez entra azorado un emisario diciendo:

—“ ¡ Ciudadanos, estamos perdidos ! ”

—“ ¡ Cómo perdidos, si triunfamos en todas partes ! ”

—“ ¡ Falso, falso! ciudadanos; os están engañando. ”

—“ Ese hombre está loco. Las tropas se acercan: ¡ no ois á lo lejos la música ? ”

—“ Sí; pero ¡ es la *guardia real!* ”

¡ Santo Dios! y ¡ qué despertar tan horrible..... despues de tan encantadores sueños!..... El tambor resonaba ya en la plaza del ayuntamiento, y se acercaban innumerables batallones. Los diputados corren á las ventanas: no habia duda, eran las tropas reales. ¡ Ah! ¡ pobre gobierno provisional! Rómpease á toda prisa el acta de destitucion; la cámara, el *comité*, los presidentes, la *salvacion pública*, todo aquel Lilliput se disloca, hundiéndose á un mismo tiempo constitucionales y republicanos. Ya no habia *trono* que reducir á polvo, ni *república* que echar en el molde, ni *nunc dimittis* que cantar.

Aquí se reprodujo la misma escena que antes: un edecan del general Nunciante aparece á la entrada del salon, y dice dirijiéndose á los diputados:

—“ ¡ Salid, señores, y ¡ *viva el rey!* ”

—“ El pueblo va á acuchillarnos; ” salta un representante con voz humilde y temblorosa; mas el oficial replica sonriéndose:

—“ El rey me envía en vuestro socorro, y traigo encargo especial de defenderos. ”

— ¡ *Viva el rey!* grita la cámara, repitiéndose afuera el mismo grito al

son de las trompetas y clarines. Muy pronto será invadido el salón por los soldados y el pueblo.

Como el edecan del general Nunciante se alejase un momento para hablar con su jefe y ejecutar diversas órdenes, vuelve el miedo á apoderarse del ánimo de los diputados al oír las olas irritadas de militares y lazzaroni, que atravesando los largos corredores de Monteolivetto se dirijian por aquella parte con la amenaza en los labios. ¿Será que el glorioso presidente Cagnazzi y sus sublimes magistrados, vayan á perecer en sus sillas curules, como los romanos de otro tiempo á manos de los antiguos bárbaros? No, no hay que temerlo: otra época, otra conducta.

Sabiendo perfectamente que el rey no habria encontrado en ellos misericordia, si vencedores, no podian, vencidos, resolverse á creer en la misericordia del rey. Piensa el ladrón que todos son de su condicion.

Petrucelli, el miembro mas osado del *provisional* y del *salvacion pública*, el que seguramente hubiera parodiado á *Barbés* y á *Saint-Just* si Nápoles le deja obrar, se acogió primero en tan amargo trance á un sitio harto *anti-heróico* á la verdad, conocido vulgarmente con el nombre de *lugar comun*; despues suplicó á un buen gendarme que le prestase su uniforme, y se escapó por último con aquel disfraz guerrero (1).

Recciarđi saltó por una ventana; idea plagiada á *Ledru-Rollin*. Quien á lo suyo se parece no desmerece (2).

La Cecilia iba á seguir el mismo ejemplo; habia tirado su cimera, que por cierto jamas le sirvió de nada; á vestir toga, se hubiera despojado de ella lo mismo; tambien arrojó á mil leguas su espada diciéndole con voz ininteligible: “¡Lejos de mí! instrumento inútil;” y ya iba echando la pierna fuera de la ventana libertadora, cuando el diputado *Barracca* le cojió violentamente... por detras, gritándole con acento de justa indignacion:

“¡Hermano! ya que por tu causa estamos aquí cojidos en la ratonera, no vayas á escabullirte dejándonos en las uñas del gato.”

La Cecilia tuvo por el pronto que renunciar á la fuga; mas como sabia aquel antiguo proverbio que dice: “Si no es hoy será mañana,” se le vió mas tarde... volver á huir (3).

El valiente Mileti se escapaba á la sazón por la parte del mar, pero sin entonar como antes himnos de victoria. “¡Ciudadanos! decia jadeando, nos hemos.....” Despues, como no prestaba culto en lo íntimo de su corazón sino á las insurrecciones, único culto, providencia y eter-

(1) Historia de los sucesos ocurridos en Nápoles el 15 de Mayo, por el conde Marulli.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

nidad de los bandidos, gritaba en medio de los grupos: “¡Ea! ¡Hijos de la libertad! ¡Al campo! ¡á la montaña! ¡á la Calabria!”

Los seiscientos rebeldes cojidos prisioneros fueron trasladados á bordo de una fragata, en donde esperaban ser juzgados y fusilados; pero el rey Fernando les hizo merced no tan solo de la vida, sino tambien de la libertad, y aun á varios, de los destinos que antes habian desempeñado. Tal es la conducta que en todas ocasiones ha seguido el *tirano* de Nápoles (1).

A la caída de la tarde, todo habia ya concluido, desapareciendo los principales cabecillas. Uno de ellos murmuraba para sí esta frase: “En las revoluciones no perecen nunca mas que los instrumentos imbéciles.” Fernando II habia reconquistado su corona con el noble auxilio que le prestaron sus valientes. Los diputados de Monteolivetto se libraban del furor del pueblo, merced á la generosidad del monarca, que les hizo acompañar por gendarmes, sin los cuales no se hubiesen salvado tan solo á costa de algunos silbidos. Todas las luces de la Italia Roja avivadas por el viento de las repúblicas, se habian apagado en el lodo. Tras la victoria el perdón. El pueblo se entregaba á la embriaguez de la alegría, porque habian desaparecido sus tiranos; y hasta en la misma calle de Toledo se enarbolaban banderas blancas. La monarquía debia su salvacion al ejército, y el rey la suya á Dios.

CAPITULO VIII.

EL REY Y LA CONSTITUCION.—INSURRECCION EN LA CALABRIA.—HAZANAS DEL EJERCITO NAPOLITANO.—VICTORIA DEL GENERAL NUNZIANTE.—DERROTA DEL COMITE DE SALVACION PUBLICA DE LA CALABRIA.—CONTINUACION DE LA REVOLUCION SICILIANA.—CONSTITUCION EN PALERMO.—ES PROCLAMADO REY EL DUQUE DE GENOVA.

Fernando II habia cambiado su ministerio durante la jornada del 15 de Mayo. El nuevo gabinete, mitad monárquico y mitad radical, se habia constituido provisionalmente en esta forma: el príncipe Cariati, presidente; el príncipe Ischitela, el príncipe Torella, el señor Bozzelli, el general Carascosa, y poco despues el señor Ruggiero.

En medio de las catástrofes de Italia, se levantaba Nápoles glorioso y

(1) Sobre todos estos pormenores véase *Storia degli ultimi fatti di Nápoli*, y la otra historia ya citada del conde Marulli.